

# Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes  
Publicada por la Universidad de Concepción

---

---

Año XXII

Mayo de 1945

Núm 239

---

---

## Puntos de vista

Lo que el mundo espera

*A* terminada la guerra en Europa, después de cinco años de barbarie. Nosotros podemos atestiguar esto con la seguridad de quienes no han caído como los europeos en un horror de sangre y de crímenes. Las noticias que comienzan a llegar de Europa, los documentos que son dados a luz, a medida que los organismos de investigación los entregan a la prensa, revelan todos un estado tal de brutalidad que es casi imposible creer que la civilización y la cultura, de que tanto se envanecía el viejo mundo, haya podido dar tales frutos. Y sin embargo todo está controlado y nada hay que pueda ser objetado como una invención.

Lo que América debe guardar es, precisamente, esta seguridad en su futuro. Ni las guerras ni la barbarie de las guerras deben encontrar nunca un terreno propicio en las tierras americanas. La Conferencia que se celebra en San Francisco, en un rincón del continente americano es una demostración de lo que afirmamos. Esto es ya como una ley de salvación, porque los lineamientos de la paz futura, las relaciones futuras entre los pueblos pequeños del mundo y las grandes potencias, se están realizando en aquella ciudad del Pacífico, y a pesar de las divergencias y de las dificultades que han surgido durante las deliberaciones, estamos seguros de que no habrán de prevalecer enconos o supremacías sobre el tono general de la conferencia.

Los problemas que habrá de planear las post guerra están ya siendo estudiados. A nosotros nos incumbe una tarea superior, un estudio minucioso de nuestras posibilidades y de nuestro destino. No son los pueblos pequeños los que podrán imponer su voluntad al mundo. Las grandes potencias, ya se ha visto, mantienen su espíritu de superioridad en todo sentido. Son ellas las que han vencido, ellas las que han eliminado el veneno de la barbarie y de la disgregación; ellas las que están trabajando para trazar las líneas definitivas por las cuales habrán de moverse las relaciones entre las sociedades. Y naturalmente estas líneas y estas relaciones habrán de ser de una naturaleza tan especial que ellas no permitan, en el futuro, quebrantamiento alguno de la paz. Bastante ha sufrido el mundo con la guerra que acaba de cesar en Europa para que se vuelva a caer en semejante locura.

Importa ante todo, la creación de un espíritu de paz o si se quiere mejor, de un espíritu de conciliación y de entendimiento entre los hombres. Las barreras comerciales y las divergencias en materia de producción han llevado al mundo a catástrofes cuyo horror es imposible de describir. La última guerra es una prueba y de las más horribles. Nunca la humanidad, en todo el camino de su proceso y de su desenvolvimiento, vió mayores horrores y mayores crímenes. Ni aun en los períodos más oscuros y más salvajes de la vida de la humanidad se llegó jamás a un desprecio tan absoluto de la vida humana, y jamás el hombre creyó que junto con la muerte del adversario era preciso y urgente destruir todo lo que él mismo había creado como perfeccionamiento material. Los más refinados suplicios inventados por los hombres en épocas pasadas han sido superados por los maestros del crimen y del suplicio en esta etapa tan perfecta de la historia.

Sin embargo, siempre queda la esperanza en el fondo de la humanidad, la esperanza de que los días que vendrán serán más nobles, más elevados y más generosos que los que ya pasaron en Europa. Esa esperanza alienta el corazón de los que manejan el destino del mundo y el corazón de los que han sufrido miserias y

castigos. Y no creamos que en muchos años nadie traicionará esta esperanza. El mundo requiere de serenidad para realizar el esfuerzo máximo de dar al hombre un sitio de felicidad en la tierra. Esta guerra se hizo en nombre de doctrinas de libertad. Es preciso suponer que junto con la libertad lograda se dé al mundo el mínimo de felicidad y de alegría que los pueblos piden desde hace tiempo, como una compensación al sufrimiento tan estoicamente soportado.